

# Fantasías y fantasmas

## Ilusión geométrica

### Algún caballito de anís

Javier Ruiz Urpegui

A través de Deleuze, la mitología griega, Paracelso, Cirlot, Freud, Borges, Nietzsche... crea Ruiz Urpegui una ilusión sensorial y filosófica sobre la fantasía y los fantasmas de nuestra realidad.



Emilio Casanova; Vermeer, 2013

“ Lo muerto y lo vivo residen en nosotros como en estratos. ”

Había una vez dos peces jóvenes nadando que se cruzaron con un pez mayor que les saludó: ¡Buenos días, chicos! ¿Cómo está hoy el agua? Los peces chicos siguieron un trecho hasta que uno de ellos se volvió hacia el otro y le dijo: ¿Qué demonios es el agua? Algo así me preguntaba yo al pensar si lo real del pensamiento es todo imaginario o más bien, si lo imaginario del mundo es todo real. Si somos los pececillos o somos el agua. Es decir, si el agua, cuando nos hacemos peces grandes, es nuestra fantasía original, nuestro fantasma familiar. Dice Deleuze que debemos pensar

el fantasma fuera de esta dicotomía entre lo imaginario y lo real, quizá no fuera del agua sino nadando. Le daremos la razón aunque solo sea por esta vez. Hay otra historia que puede venir al caso. Cuentan que Dionisos, antes de ser despedazado por los Titanes, se estaba mirando en un espejo y ¿qué es lo que veía en el espejo? Dionisos veía el mundo. Entonces, ¿el mundo es solo el reflejo de un dios a punto de ser mutilado? Luego resucitará. Y aun hoy, en aquel espejo podemos mirarnos a los ojos, cómplices o aterradores.

El mundo es siempre una imagen, pero de algo hermético. El mundo es uno (pues todo es reducible a uno) pero se expresa en la multiplicidad. Un género específico de esa multiplicidad serán

las formas de vida por su capacidad de autorréplica. Surgen por la ley de la paradoja, por excepción y ruptura, por azar y por deseo. Lo muerto y lo vivo residen en nosotros como en estratos; los bosques, el sueño de los reptiles, los dientes y la leche de los mamíferos y una gruesa corteza cerebral que nos identifica. Si Paracelso decía que el oro que buscaba no era un oro vulgar, se trataría, a lo mejor, de buscar la excepción, el núcleo de máxima capacidad generativa. Y en el cosmos parece que lo más extraño resulta lo vivo y más aún lo vivo consciente. Solo en nuestra corteza los dioses pueden acicalarse.

El cuerpo, que es un pliegue, captura fenómenos, filtra sensaciones que son signos y se convierte en un receptáculo de

imágenes primarias, objetivas (abstracciones de las cosas como relaciones en cuanto poseedoras de una faz característica) que duplican de nuevo el mundo. Estas imágenes primarias o comunes se forman conforme a la ley de nuestros filtros sensoriales, pero también están determinadas por las formas culturales del pensamiento y el lenguaje. De la percepción a la abstracción se da un continuo movimiento de flujo y reflujo que marca y modifica todos los elementos que tienden a perseverar por su grado de adecuación a una situación dada. En el lenguaje se da una tercera separación, un nuevo extrañamiento de las cosas que sin embargo, por su complejidad y su materialidad puede conectar con los flujos primarios en su movimiento profundo.

Pero también las imágenes comienzan a jugar componiéndose y descomponiéndose entre ellas. Según Cirlot, las imágenes mentales o psicológicas (secundarias) son “una imitación de las imágenes objetivas, que se produce en su ausencia, por medio de la anticipación o el recuerdo”. La fantasía opera con este tipo de imágenes mentales (aunque todas son mentales, difieren en el grado) en ausencia de las primeras. Toda fantasía parte y a la vez se aparta de lo perceptual. Proyecta una nueva composición de las imágenes primeras. Freud la relaciona con la búsqueda de satisfacción, al margen del sistema perceptivo acorde con el principio de realidad. La fantasía proyecta fantasmas. Parece haber un error, al cabo productivo, en la traducción del francés *phantasme* que es a su vez traducción de la *phantasie* freudiana, ya que en francés no podía usarse *fantaisie* que tiene el sentido de “capricho” y existe además la palabra *fantôme* para nuestro fantasma. No obstante, este error añade un matiz espectral al concepto de fantasía, algo del orden de lo impensado que aparece y provoca temor.

Distingue Cirlot, además un tercer tipo de imágenes, las inventivas o creadoras, “las cuales son obra de la imaginación educada por la percepción, la comprensión y el análisis”. Así, imaginar es Ver. Imaginar es regresar a la primera vez. La imaginación debe ser pasiva en un primer momento, mostrar una apertura y ser capaz de recibir el mundo no para representarlo (hacer como que se hace) sino para hacer verdaderamente como él, crear mundo. En aquella imagen que nos daba Deleuze del pensamiento protegido por el paraguas de la opinión y la costumbre, la imaginación sería capaz de rasgar un poco de ese techo y enfrentarse directamente al caos que entra por la brecha. En ese segundo momento, la imaginación, mediante la composición y el análisis, es capaz de crear algo “vivo”, algo casi tan complejo, inabarcable y rico como la imagen de lo vivo.

“...la imaginación, mediante la composición y el análisis, es capaz de crear algo “vivo”, algo casi tan complejo, inabarcable y rico como la imagen de lo vivo.”

Por otra parte, las proyecciones de la fantasía, los fantasmas, son de distinta naturaleza. Cierto que se mueven y traspasan los planos, pero no están vivos. Son un efecto, no una acción o una pasión sino su resultado. A veces hay que hablarles y preguntarles qué quieren, qué les pasa, adónde van. Quizás nos digan que hemos olvidado el ser, pero no el siendo, que provienen del fondo amorfo de la nada, del caos y del abismo, que nosotros todavía estamos vivos y soñamos. Soñamos las imágenes y a veces somos el dios o el fantasma.

Cuenta Borges que un heresiarca de Uqbar odiaba los espejos y la cópula porque multiplican el número de los hombres. La superproducción espectacular de nuestro tiempo multiplica también las imágenes y sus planos. Es el triunfo del siendo, hasta su límite. Se dice que los iniciados en los ritos de Eleusis eran sometidos a la visión de imágenes, tal vez alucinatorias, que los cambiaban para siempre. A unos pocos elegidos se les decía al oído una frase hoy incomprensible. André Breton la repite en uno de sus libros, con respeto y tristeza.

Tras la frase, como tras Nietzsche, había que seguir viviendo. O mejor, había que empezar a vivir, sin mediaciones. Además, parece ser que el monstruo de Frankenstein no se quemó en su pira y se hizo gondolero en Venecia. Muchos turistas afirman haber sufrido las serenatas de un feo y enorme gondolero que cantaba Cien mil caballitos de anis como Sid Vicious. También se dice que el viejo príncipe de Valaquia, Vlad Draculea, participa activamente en las reuniones del Eurogrupo, y hoy en día, los vivos ya no saben que están vivos y los muertos no saben que están muertos. Seguramente, como decía Gogol, “todo esto se debe a que la gente cree que el cerebro humano se aloja en la cabeza; y no es cierto: lo trae el viento del mar Caspio.”